

motivos el mariscal Massena no se podia poner en marcha sino con cincuenta mil hombres á lo sumo. Corto número en verdad contra lord Wellington, que acababa de atraer al general Hill sobre Abrantes, tan luego como descubrió el movimiento del general Reynier hácia Sierra de Gata, y que, con los veinte mil ingleses y quince mil portugueses que ya tenia, juntaba cincuenta mil hombres de excelente calidad. Para lidiar con igual ventaja hubiéramos necesitado poseer una tercera parte mas cuando menos contra las posiciones defensivas que en Portugal se encontraban á cada paso, y que Wellington sabia elegir y disputar á maravilla. Al retirarse lord Wellington iba á ver aun su ejército aumentado con el repliegue de los portugueses, con la incorporacion de los españoles de Badajoz y con la llegada de los refuerzos de Cádiz á Lisboa. Asi bajo los muros de esta plaza iba á contar ochenta mil hombres, ademas de las líneas de Torres-Verdras, cuya existencia era ignorada por los franceses. ¿Y á qué número irian reducidos cuando se presentarán al frente de estas líneas los cincuenta mil hombres de Massena, obligados á llevarlo todo consigo, teniendo que sostener muchos encuentros y aun que dar alguna gran batalla probablemente? No era hacer una suposicion muy exagerada la de creerlos reducidos á cuarenta mil hombres, moribundos de hambre frente de los ochenta mil ingleses, portugueses, españoles, de lord Wellington, que estarian bien provistos de todo, y atrincherados en alguna fuerte posicion defensiva, con el mar y las escuadras británicas por apoyo. Y no paraban aqui las dificultades, pues Massena debia llegar por la izquierda del Tajo, que entre

Abrantes y Lisboa es un río anchuroso, y encontrarse sin medios de pasarlo en presencia de los ingleses, quienes con su material marítimo estaban en posesion de las dos orillas. Se hubiera necesitado, pues, que veinte y cinco ó treinta mil hombres, partiendo de Andalucía con un tren de puente que se pudiera hacer bajar de Alcántara, fuesen á dar la mano á Massena bajo Abrantes; que este mariscal en vez de cincuenta mil contara setenta mil combatientes, y así, descontadas las pérdidas, hubiera tenido contra Wellington probabilidades de triunfo, salva siempre la dificultad de vivir, aunque se hubiera disminuido en gran manera con la ocupacion de las dos orillas del Tajo, porque el Alentejo ofrecia recursos de los cuales se hubieran podido apoderar los franceses procedentes de Badajoz antes que los ingleses tuvieran tiempo de destruirlos.

Sin dejar de resignarse á la obediencia, Massena escribió á Napoleon de nuevo para decirle que sus fuerzas eran insuficientes con relacion á las de los ingleses; que los caminos ponian espanto; que para vivir no hallaria nada; que tan luego como se pusiera en marcha serian interceptadas todas sus comunicaciones; que apenas lograria mantenerlas con Salamanca y Ciudad-Rodrigo; que no podria recibir nada; que por consiguiente era un problema el averiguar cómo conseguiria subsistir ante los ingleses, provistos de todo, muy aumentados, al par que él se hallaria muy reducido; y que no tendria eventualidad de buen suceso, si no se hacia llegar prontamente sobre su espalda un cuerpo considerable, que llevara, no solo socorro de hombres, sino provisiones de boca y guerra y caballos

de tiro. Lo que en su prevision concebía Massena, se les alcanzaba á sus lugartenientes de igual modo. Ney, Junot, Reynier, sobre quienes á la verdad no pesaba el difícil cargo de contradecir al emperador, declaraban todos los días que la empresa no era prudente con los medios de que se disponía; que en París era muy fácil redactar planes, y lejos de la realidad de las cosas expedir órdenes inejecutables sobre el terreno; que había que atreverse á dirigir al emperador formales representaciones y á resistirse á marchar interin no enviara lo necesario para salir bien del empeño. Por desgracia Massena, que segun hemos dicho, acababa de ser colmado de favores y que temia pasar por tímido á los ojos de un soberano muy exigente en punto á energía, cometió un yerro, el único grave de esta campaña, yerro en que incurren á menudo aun los caractéres mas independientes bajo señores no contradichos, el de aceptar un encargo contra lo que dicta la razon sana; y así determinó marchar adelante. Además contaba con la llegada del general Drouet al frente de veinte mil hombres, con la del general Gardanne al frente de ocho ó de nueve mil y hasta con la concurrencia probable de las tropas de Andalucía: contaba con la fortuna que jamás le fué adversa en veinte años; y últimamente, cansado como estaba y todo, sentía en lo íntimo de su alma la confianza de que, si lograba dar alcance á los ingleses en cualquier punto, les haría experimentar tal descalabro que se concluyera la guerra en una batalla, y no mas que restos de la fuerza enemiga tuviera ya que perseguir hasta las playas del Océano.

Aun despues de recibir las cartas persistió Na-

oleon en su idea, por la costumbre que tenia desde muy atrás de oír á los generales exagerar los recursos de los contrarios y disminuir los suyos propios, no contando en el ejército británico mas que ingleses, que al tenor de falsos informes calculaba en veinte y cinco mil hombres á lo sumo; no considerando por nada los españoles y portugueses; figurándose por tanto que cincuenta mil franceses serian muy bastantes para vencer á veinte y cinco mil ingleses del todo; ignorando la existencia de las lineas de Torres-Vedras: no imaginando cuantos recursos valdrian al enemigo la distancia, el clima, la esterilidad de los lugares; y habiendo, por último, contraido la costumbre de creer en la realizacion de todo lo que deseaba, costumbre que solo debiera ser propia de medianías, pero que, merced á la lisonja, lo es á veces hasta del genio. A todas las objeciones respondió que era menester marchar adelante, y echarse encima de los ingleses cuando los encontrara. Massena se decidió, pues, á partir al cabo, esperando que se le enviara cuanto se le habia prometido, y que jamás le abandonarán la fortuna y su gran denuedo. Había señalado el 10 de setiembre para el paso de la frontera, y aplazólo hasta el 16 con el fin de estar mejor preparado y de dejar pasar los calores que á la sazón eran todavía muy fuertes. Se habia lisonjeado de poder almacenar víveres para medio año en Ciudad-Rodrigo y Almeida, con provisiones bastantes para el caso de que el ejército emprendiera la retirada: tambien se habia prometido llevar consigo subsistencias para veinte días, lo cual suponía un millon de raciones, siendo cincuenta mil los soldados. En esto como en todo fué la rea-

lidad muy inferior á la esperanza. Llegada la hora de la partida, no habia podido encerrar viveres mas que para cuatro meses en las dos plazas; hubo de renunciar á formar almacenes á retaguardia de sus tropas, ni logró juntar mas subsistencias que las necesarias para veinte dias, y esto arruinando todos los medios de trasportes del pais desde Burgos á Salamanca. Verdad es que ajustes ya hechos y requisiciones decretadas debian producir aun un millon doscientas mil raciones de granos, y que dejaba á sus agentes en Salamanca el encargo de entenderse con el general Gardanne para que en su ausencia se siguieran ejecutando sus mandatos. De los viveres que juntó para diez y seis dias, llevaba á costas los de seis cada soldado, y los de los otros diez iban detrás en mulas, pollinos y bueyes. En vez de cien bocas de fuego que no hubieran representado mas que dos por cada mil hombres, apenas podia enganchar setenta y dos á causa de la necesidad que tenia de llevar municiones de guerra para toda la campaña. Sus caballos de artillería estaban ya fatigados por los dos sitios en que se les habia empleado, bien que dos mil bueyes les ayudaban á acarrear el material grueso. Detrás de cada cuerpo de ejército iban rebaños de carneros de los cogidos en la comarca; y en suma, todo estaba prevenido como para cruzar el desierto. A pesar del mal humor de algunos gefes, el ejército demostraba alborozo por salir al fin de su inaccion larga y marchar en busca de los ingleses. Los cuerpos de Ney y Reynier se componian de soldados experimentados: solamente los de Junot eran bisonos, aunque instruidos y ya inflamados en el espíritu militar al contacto de sus ca-

maradas. A mayor abundamiento se habia desembarazado de todos los endebles y malsanos, dejando cinco mil hombres por veinte mil en los hospitales. Confianza respiraba la infantería, mal vestida, pero bien calzada y armada, madura de edad y experiencia. Tostados por el sol, muy prácticos en el ejercicio á caballo, armados con largos sables de Toledo, que á cada tajo causaban heridas mortales, iban los dragones, principal fuerza de la caballería. Si alguna vez pudiera vencer el valor la naturaleza de las cosas, este ejército merecia intentarlo. Habiendo estado concordes Massena, Ney, Junot, Reynier, no eran inferiores á tanta empresa, y probabilidad habia de que al frente de tales soldados la llevaran á dichoso remate.

Acabados los últimos preparativos, Massena puso en movimiento su ejército el 16 de setiembre por la mañana. Antes de montar á caballo despachó al emperador otro ayudante de campo con objeto de repetirle cuanto ya se ha manifestado sobre las dificultades de la empresa, y de demandar con instancia el pronto envio de socorros en hombres y en material, é inmediatamente despues emprendió la marcha. Allende las fronteras de Portugal desembocó el ejército en tres columnas. Llevado de la vertiente del Sur á la del Norte de la Estrella, el cuerpo de Reynier, que era el segundo, debia de juntarse al ejército en Celórico y formar su izquierda. Yendo Ney con el sexto cuerpo al mismo punto en derechura, formaba el centro. Con el octavo cuerpo y formando la derecha, habia de pasar Junot por Pinhel y mantenerse algo á la espalda para proteger el enorme convoy de bueyes, mulas

y pollinos, que marchaba detrás de las tropas, llevando lo que mas falta hacia, pan y cartuchos.

Ya los primeros pasos que se dieron en aquel funesto pais justificaron todo cuanto se habia temido. Arido se esperaba encontrarle, porque ya lo habian pisado muchos soldados, mas viósele ademas talado por el hierro y el fuego. Por donde quiera se hallaron desiertos los lugares, inservibles los molinos, ardiendo los graneros y los pajares. Cuanto dejaron por destruir los habitantes, lo destruyeron los ingleses: ni un guia se presentaba de que fuera posible servirse: apenas se hallaron algunos viejos que no pudieron seguir á la poblacion fugitiva, y de los cuales no se obtuvieron muchos informes. Suplióse la falta con tres ó cuatro oficiales portugueses incorporados al ejército, y con los pocos soldados del 24.º regimiento de naturales que no habian aun desertado. Se adquirieron de estos guias todas las luces que fué posible, por caminos que aun para malos carros de labor estaban casi practicables. Sin embargo, en medio de aquel desierto pedregoso, desecado por el cielo, incendiado por los hombres, ya que no trigo, ni ganado, halláronse patatas, judías y coles de excelente calidad con que el soldado se complació en llenar su rancho.

Massena retuvo algo el 17 la marcha del sexto cuerpo, que era el mas diligente, para dar lugar á que se le juntara el segundo. Con el grueso del ejército hizo alto en Juncals, camino de Viseo. Junot seguia trabajosamente y bastante detrás con la masa de los bagajes.

Se trataba de saber qué ruta se seguiria por aquel valle del Mondego, que lleva al Océano las

aguas de la vertiente septentrional de la Estrella. Bajando del Norte de esta sierra el Mondego iria a desaguar en el Duero, si otra cordillera secundaria, denominada de Caramula, no le atajara el curso, haciéndoselo torcer hácia el Oeste y obligándole á desembocar en el Océano después de pasar por Coimbra. Este rio corre, pues, entre los estribos de la Estrella y las menos enhiestas cumbres de Caramula, encerrado así en una especie de cauce redondeado hasta que sale de él por una angosta cavidad violentamente abierta poco antes de llegar á Coimbra.

Ora pasara Massena á la derecha, ora á la izquierda del Mondego para dirigirse á Coimbra, donde debia hallar abundantes recursos y el camino real de Oporto á Lisboa, necesitaba superar numerosas dificultades. A la izquierda se habia de encontrar con los estribos escarpados de la Estrella, á la derecha con las ásperas ondulaciones de la sierra de Caramula, unos y otras de facilísima defensa, y en ambos casos, en el fondo del valle á su desemboque en Coimbra, con una especie de garganta que los ingleses no dejarían de cerrarlos. Teniendo, pues, que vencer los mismos obstáculos, tanto á uno como á otro lado, prefirió la orilla derecha á la izquierda, porque en las pendientes menos agrias de la sierra de Caramula tenia probabilidad de hallar mas cultivo y mas recursos para sus tropas; y cuantos viveres lograra recoger al paso eran una economía oportuna de los que llevaba consigo. Así, llegado á Celórico, dejó Massena la orilla izquierda por la derecha del Mondego, y encaminóse hácia Viseo, pequeña ciudad de siete á ocho mil almas, donde habia

un gran mercado de ganado de todas clases (1). El segundo y el sexto cuerpo llegaron el 19 á Viseo, cuya poblacion toda habia apelado á la fuga, excepto algunos desvalidos, hombres ó mugeres, que no pudieron marcharse. Aunque los ingleses hubieran destruido los hornos, los molinos, los graneros, y prendido fuego á las ruedas de moler granos, recogieron bastantes legumbres y

(1) El duque de Wellington en su correspondencia tan juiciosa y tan imparcial comunmente, censura mucho al mariscal Massena por haber tomado el camino de Viseo, pretendiendo ser el peor que el mariscal pudiera haber escogido, bien que no aduce ninguna razon valedera. Puesto que no se arrancaba desde Galicia como se habia efectuado sin exito en la precedente campaña, puesto que no se bajaba hasta Extremadura, lo cual hubiera ocasionado un largo rodeo para ganar el Alentejo, no habia mas que seguir el valle del Mondego al Norte de la Estrella; y en el valle del Mondego por su mayor fertilidad, era la orilla derecha preferible sin duda, y no ofrecia posiciones mas favorables que la izquierda al genio defensivo de los ingleses. Verdad es que se hubiera podido pasar por la vertiente Sur de la Estrella en vez de pasar por la del Norte; pero alli se hubiera encontrado el camino de Castel Blanco, donde Junot estuvo á pique de perecer tres años antes. No tenia, pues, Massena otro camino que seguir que el de Viseo, y razon hay para extrañar una critica repetida á menudo en la correspondencia impresa del duque de Wellington, sin apoyo de ningun firme fundamento. Se puede decir que no es digna de la solidez y rectitud de sus juicios, y es de sentir que el ilustre general británico no se mostrara mas equitativo respecto de un rival no menos ilustre que él. Cierto es que los despachos del noble duque estaban destinados á su gobierno, dictados por la impresion del momento, y que mas tarde, juzgando á su rival con la elevacion que cumpla á su gloria, hacia al mariscal Massena muy cabal justicia, y especialmente con referencia á esta campaña.

hasta algun ganado, y las tropas que habian creído no hallar nada mas que lo que llevaban encima, se mostraron satisfechas y confiadas. Algunos soldados hasta tuvieron la imprudencia de tirar por los caminos la galleta de que llevaban lleno el sacco, echando cuentas de que ya se compondrian para vivir bien en todas partes.

La porcion de ejército mas digna de lástima era la artillería, y principalmente el cuerpo encargado de la custodia de los bagajes. Casi estaban impracticables los caminos, y bastaron tres dias para agotar las fuerzas de los caballos y poner en malísimo estado los carros de la artillería. Hasta una viva alarma habia sufrido la columna de los convoyes, pues el coronel Trent, partidario muy osado, seguido de ingleses y portugueses, aprovechóse de un instante en que la escolta se hallaba lejos para asaltar la columna de los bagajes, mas revolviendo aquella de pronto, obligóle á soltar su presa, no perdiéndose mas que algunas carretas sorprendidas aisladamente en el camino.

Massena, á quien nada apremiaba y que, muy ganoso de venir á las manos con los ingleses, queria mejor darlos alcance en terreno mas descubierto, concedió dos dias de reposo á sus tropas con el fin de reunir el octavo cuerpo y de componer los carros de la artillería.

No mas deferente el mariscal Ney respecto de sus inferiores que de sus superiores, se habia indispuerto con el antiguo general Loison, y Massena arregló á este de resultas, una division de vanguardia con las tropas ligeras, haciéndole marchar al frente del ejército y junto á la caballería de Montbrun. A ambos ordenó que prosiguieran ade-

lante, mientras el grueso de las tropas descansaba en Viseo, y encargóles restablecer los puentes destruidos por los ingleses sobre los dos riachuelos Dao y Criz, que bajan de la sierra de Caramula al Mondego. Montbrun y Loison emplearon los días 22 y 23 en reparar los puentes y en cruzar los riachuelos, sobre los cuales estaban echados, dando á cada paso pequeños combates á retaguardia y con buen suceso todos.

Reynier á la izquierda, Ney en el centro, pasaron con sus cuerpos el riachuelo Criz el día 25: Junot á la derecha salió de Viseo: Montbrun y Loison se adelantaron á orillas del Mortao, último rio que había que atravesar para hallarse en el fondo del valle del Mondego, y esta vez hallaron mancebas á los ingleses, bien que les obligaron á que se replegaran y les abandonaran el lecho escarpado de aquel pequeño rio.

Ya en este punto se pisaba el fondo del valle por donde corre el Mondego, y del cual no sale, segun se ha dicho, sino por una garganta angosta, para cruzar la ciudad de Coimbra. Evidentemente allí era donde los ingleses iban á procurar hacernos cara, pues en ambas orillas tenían posiciones igualmente fuertes desde donde resistirnos. Si pasábamos el Mondego, para trasladarnos á la izquierda, encontrábamos una cumbre desprendida de la Estrella y llamada sierra de Murcelha, que se alzaba delante de nosotros como un obstáculo casi insuperable. Quedándonos á la orilla derecha, teníamos enfrente la sierra de Caramula, que torciendo para cerrar el cauce del Mondego, y tomando aquí el nombre de sierra de Alcoba, nos presentaba un obstáculo no menos difícil de ven-

cer, aun cuando no tan elevado. Dos caminos casi paralelos permitian trasponer esta sierra de Alcoba para bajar despues hácia Coimbra y tomar el camino real de Oporto á Lisboa. Tanto en el uno como en el otro, se veian numerosos puestos para obstruirlos, y por encima, sobre cumbres cubiertas de matorrales, de olivos y de pinos, se divisaban tropas que al parecer iban de nuestra izquierda á nuestra derecha. Los paisanos decian que mas allá había una llanura. ¿Acaso era una meseta que coronaba la cordillera y desde la cual se bajara despues al llano de Coimbra, ó era por ventura este mismo llano? ¿Se tenia delante el ejército inglés con ánimo de disputar el Portugal sobre aquellas cumbres tan bien acomodadas á su manera de pelear, ó se limitaba su fuerza no mas que á dos grandes retaguardias sin otro designio que el de disputarnos aquel paso para detener nuestra marcha, y dar lugar á los enemigos de evacuar por completo á Coimbra?

Segun lo que se tenia ante los ojos, igualmente verosímiles eran ambas suposiciones. De igual dictámen fueron Ney y Reynier luego que se comunicaron sus impresiones particulares. Cualquiera que fuese el propósito de los ingleses, no parecia que estuvieran aun bien establecidos sobre el terreno donde se les divisaba, y convenia asaltarlos al punto para arrollarlos de repente si iban en retirada, ó para forzarlos en su posicion antes de que hicieran allí pie firme, si se proponian aceptar el combate. Ney y Reynier discurrían muy cuerdamente; mas por desgracia no estaba aun Massena sobre el terreno, á donde no llegó hasta la tarde, ya porque la fatiga, á la cual em-

pezaba á ser muy sensible, retardara su marcha, ya porque le ocupara el cuidado de hacer avanzar la cola de su ejército, compuesta de carros toda ella, que producian grande embarazo. No habiéndose atrevido sus lugartenientes á empeñar una acción general durante su ausencia, aguardaron á que llegara, y cuando ya estuvo presente, quedaba tiempo cuando mas, para practicar un reconocimiento y deliberar sobre la conducta que conviniere seguir á otro dia.

Después de reconocer el general en jefe la posición del enemigo, fué de igual parecer que sus lugartenientes, y conjeturó que los ingleses se disponian á dar batalla sobre el terreno. Dificultoso era evitarla. De trasladarse á la izquierda del Mondego, que fuera forzoso vadear por falta de puentes, para trepar en seguida á la sierra de Marcella, encontrárase allí probablemente á los ingleses que, descubriendo desde las alturas que ocupaban todos nuestros movimientos, no dejaban de seguirlos y aun quizá de arrojar sobre nosotros durante esta marcha de flanco. Meterse en la garganta misma del Mondego para pasarlo siguiendo á lo largo y desembocar mas allá de Coimbra, era imposible, angostando las alturas el rio por aquel parage, de tal modo, que ni á derecha ni á izquierda habia practicable paso ninguno. Solo quedaban, pues, los dos caminos que habia de frente, cruzando en derechura uno y otro la sierra de Alcoba, á no ser que se tratara de pasar á la derecha, hácia la parte donde esta sierra se une á la de Caramula, de que es prolongacion simplemente. Con efecto, hácia aquella parte se notaba una depresion de terreno capaz de dar paso á las tropas, bien que los

paisanos, mal interrogados sin duda, afirmaban que por aquel lado no habia ningun camino practicable para carruages. De consiguiente no habia mas arbitrio que optar entre hacernos dueños de la posición que allí nos oponia estorbo, ó retirarnos. Asi y todo, hubo divergencia de pareceres. Poco antes el mariscal Ney opinaba por trahar el combate, y ya habia mudado consejo. Dijo que hubiéra convenido acometer á los ingleses sin demora y antes de que en su posición se hicieran firmes; que ya era tarde; que valia mas retroceder que perder una batalla en aquellas gargantas espantosas, sin saber cómo retirarse luego que se tuviera siempre encima un enemigo victorioso. A estas razones añadió consideraciones diversas, ya intempestivas, sobre una campaña empezada con medios poco proporcionados á las dificultades que ofrecia.

Massena rechazó vivamente la proposición de retirarse, que Ney pudo hacer sin empacho como que la responsabilidad no habia de pesar sobre sus hombros. Dijo que tal consejo no era digno del mariscal, y que era menester dar batalla. Reynier, circunspecto ordinariamente, opinando al revés de su carácter ahora, como Ney al revés del suyo, fué del mismo dictamen que Massena, y afirmó que, después de haber estudiado bien la posición, creia posible tomarla. A este parecer se atuvo Massena, y se resolvió la batalla para el otro dia. Habiéndose considerado fuerte Reynier para tomar la posición aquella, correspondiale atacarla antes que á otro alguno, y se convino en que desde muy temprano probara á penetrar allí por el camino de la izquierda, denominado de San Antonio, mientras

Ney tratara de penetrar por el de la derecha, llamado de Moína, el cual desemboca en la cartuja de Busaco; en que Junot, que habia llegado muy entrada la noche, se quedaria á retaguardia para proteger la retirada, si no se alcanzaba el triunfo; en que Montbrun con toda su caballería se mantendria en batalla á la falda de las alturas para acuchillar á los ingleses, si trataban de bajar á ella; y en que la artillería, imposible de llevar consigo al asalto de aquellas quebradas, se colocaria sobre muchos ribazos, desde donde podria disparar balas sobre el enemigo. Massena se situaria entre las dos columnas de ataque para dictar las disposiciones que requirieran los sucesos de la jornada.

No se engañaban los generales franceses al suponer que lord Wellington estaba resuelto á pelear sobre aquellas cumbres. Con efecto, el caudillo inglés, aunque muy prudente, no se queria meter dentro de sus líneas en ademan de fugitivo, y para cuando encontrara una de aquellas posiciones, contra las cuales parecia que se habia de estrellar la impetuosa bravura de los franceses, tenia determinado dar una batalla defensiva, que le permitiera retirarse mas tranquilamente que afianzara la fuerza moral de sus tropas en el caso de que debieran defender las líneas de Torres-Vedras, y hasta que le evitara el replegarse sobre Lisboa, si del todo redundaba en ventaja suya. Con esta idea juzgó que le ofrecieran el apetecido campo de batalla la sierra de Alcoba ó la de Murcelha que, segun se ha dicho, van á juntarse por mas arriba de Coimbra en las márgenes del Mondego. Ignorando cual de ellas tratarian de forzar los franceses, colocó sobre la sierra de Murcelha al general Hill

con su cuerpo, que recientemente habia traído á su lado, y personalmente situóse con su cuerpo de ejército principal, sobre la de Alcoba. Habiendo distinguido desde la posicion dominante que ocupaba, la marcha de los franceses y su reunion en la orilla derecha del Mondego y á la falda de la Sierra de Alcoba, atrajo á sí el dia 26 el cuerpo del general Hill, y le hizo pasar el Mondego y trepar á la sierra de Alcoba, lo cual dió lugar á aquellos movimientos observados por los franceses por entre los pinos y matorrales que coronaban las alturas.

De consiguiente, el 26 por la tarde casi todo el ejército anglo-portugués se hallaba junto sobre la meseta de la sierra de Alcoba, desde las cumbres que dominan á pico el Mondego hasta la cartuja de Busaco. Lord Wellington habia colocado el destacamento portugués, que servia á las órdenes del general Hill, á la misma extremidad de la sierra y contra el Mondego. Despues tirando á su izquierda y á nuestra derecha se hallaba la division de Hill, que era la segunda, despues la quinta al mando de Leith, cerrando en parte el camino principal de San Antonio, por donde Reynier habia de dar la embestida; y la tercera division, guiada por Picton, acababa de cerrar este paso. En seguida la primera division á las órdenes de Spencer ocupaba una posicion intermedia entre el camino de San Antonio y el de Moira y podia acudir á uno ú á otro. Torciendo aqui la sierra de Alcoba para juntarse á la de Caramula forma hácia la cartuja de Busaco una línea curva, en cuyo centro desemboca el camino de Moira, por donde Ney debia ir al avance. Esta última posicion ocupábala



el general Crawford con las tropas ligeras inglesas y el grueso de los portugueses; de suerte que los fuegos de los generales Spencer y Crawford batian á la vez el camino de Moira que va á la cartuja de Busaco. Por último, la cuarta division á las órdenes de Cole formaba la extrema izquierda del ejército británico hacia la parte en que la sierra de Alcoba se une á la de Caramula. Creyendo lord Wellington ni mas ni menos que Massena que mas allá no habia algun camino practicable, limitó al envio de alguna caballeria ligera mandada por el partidario Trent su vigilancia hacia aquel punto. En lo alto de la sierra hay una meseta de ciento ó doscientas toesas de anchura, muy pedregosa, bien que no falta espacio para el despliegue de fuerzas. Sobre esta meseta dispuso lord Wellington fuertes reservas de infanteria y de artilleria, para caer improvisamente sobre las tropas que se atrevieran á trepar por la posicion hasta su cumbre. Estaba, pues, mas sólidamente establecido en Busaco que en Talavera, y asi, aun cuando con alguna ansiedad, esperaba sin turbacion la jornada del 27.

Vistos los franceses de todas partes y viendo apenas á sus contrarios, inquietábanse poco de los obstáculos acumulados á su paso. Cerca de cincuenta mil eran como los ingleses y reputándose superiores á estos en la llanura, creian poder hallar en su osadía una compensacion á las dificultades que les costara el triunfo. Al despuntar la aurora del 27 se hallaban ya formados los cuerpos de Reynier y de Ney, uno delante de San Antonio y otro delante de Moira, prontos á trepar á la sierra: tomaba la artilleria posicion sobre al-

gunas lomas en frente del enemigo; y la caballeria y el octavo cuerpo estaban sobre el llano en batalla con el fin de recoger el ejército si era repellido. Su puesto ocupó en el centro de la línea Massena sobre una alta cima, desde donde estaba expuesto al fuego de toda la artilleria contraria, y aun asi apenas podia divisar los dos puntos de ataque; tanto el pais, de perfecta claridad para los ingleses, era difícil y oscuro para nosotros.

Desde la alborada entró Reynier en accion antes que otro alguno, conforme lo habia prometido. A la cabeza marchaba la division Merle, guiada por el capitán Charlet, que en medio de los mayores peligros hizo la vispera un esmerado reconocimiento de aquellos lugares: detrás seguia la brigada de Foy de la division de Heudelet. Una espesa niebla envolvía nuestras dos columnas.

Después de seguir algun tiempo el camino de San Antonio de Cantaro, que en forma de rampas iba y venia por la ladera de la montaña, se lanza la division de Merle á la derecha y se esfuerza en subirla por entre los árboles y la maleza de que está cubierta. Conducido el 2.º de ligeros y el 36.º de línea por el general Sarrut y el 4.º de ligeros por el general Graindorge, trepan afanosamente agarrándose á los arbustos que coronan aquellas cumbres, mientras por el camino continúan marchando en columna el 31.º de ligeros de la division de Heudelet, y detrás de éste el 17.º de ligeros y el 70.º de línea de la division misma, formando la brigada de Foy. Al cabo de una hora de afanes, la division de Merle, protegida por la niebla algun tiempo, llega á la cima jadeando y muy fatigada. No bien asoma al borde de la me-